

LA «OTRA»  
BIOGRAFIA  
DE

LIZ  
taylor

**C**UANDO en 1950 Elizabeth Taylor se casó con Nicky Hilton, todavía Ralph Cowan no era un hombre importante. Acababa de llegar a Miami Beach y vivía en un pequeño apartamento cerca del mar. Fue —lo recuerdo perfectamente— el 6 de mayo. Había amanecido un día estupendo, una de esas mañanas en las que apetece dar una vuelta por la playa antes de que el articulista de moda escriba eso de que «algo en el aire anuncia la primavera». Miami ensayaba su mejor sonrisa para recibir a las primeras «misses» de la temporada y a los últimos millonarios del mundo. Las calles —aunque todavía era temprano— olían ya a «piazas» napolitana, mientras el viejo pescador lanzaba otra vez su caña, como un conocido personaje de Hemingway. Ralph Cowan se sentía inesperadamente alegre. Cogió sus pinceles y se puso a pintar. Mientras, a muchos kilómetros de allí, Liz Taylor, la niña malcriada de la Metro, le decía que sí a Nicky Hilton, el de los hoteles.

Ralph Cowan se hizo subir varias cervezas y esperó. No mucho. Unos años solamente. Los necesarios para convertirse en el pintor más cotizado de Hollywood. Sólo tuvo que llegarse a Los Angeles y empezar. El resto fue sencillo. Ralph, en el fondo, no era un artista. No, los artistas son otra cosa. No hacen retratos de gente conocida sólo para ganar dinero. No viven de quitar una arruga, de enflaquecer unas mejillas, de dar luz a unos ojos que ya no la tienen... No, Ralph no era un artista. Pero él lo sabía y eso siempre es bueno. En el fondo se reía un poco de sí mismo. Yo no se si a él le hubiera gustado pintar como el Tintoretto, o como Goya, o como Rubens. No, como Rubens no, seguro que no. Sus modelos eran delicadas, frágiles, susceptibles... Ridículas muñecas de mentira para que los hombres mayores de todo el mundo jugaran, en el cine, a enamorarse. En el fondo, una risa. Sí, a él le gustaban los italianos: Tiziano, Veronese... Rafael.

—Unos «spaghettis» a la «vongole», por favor.

Los retratos de Ralph Cowan se hicieron famosos. Todos los días alguna celebridad de Hollywood le encargaba uno. «Uno como ese, como el que hizo a fulanita, que estaba tan mona.»

—Quiero que sea su mejor retrato.

—Bueno, eso...

—Ha de serlo. Le pagaré lo que quiera.

—Es que a veces...

—Píntela como es. La mujer más hermosa que conozco.

—Lo intentaré.

—Tenga este cheque. Es un anticipo.

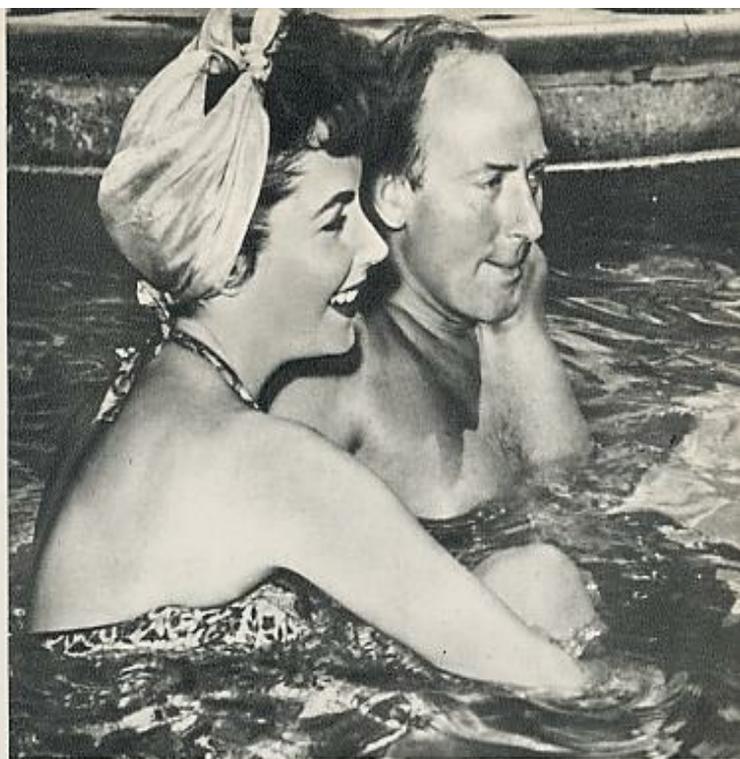
—Gracias, señor Todd.

Ralph Cowan cerró la puerta y se tomó otra cerveza. Era una vieja costumbre que no iba ahora, de pronto, a olvidarse.

El primer matrimonio de la pequeña Liz —aún no había cumplido dieciocho años— fue un desastre. El era un chico bastante guapo que respondía perfectamente al típico modelo de «boya» norteamericano para la exportación. Un aspecto físico impecable, un gesto noble y una bonita dentadura para sonreír ante los fotógrafos. Y unos dedos ágiles y fuertes para contar los dólares de papá. Tarea en la que, seguramente, le ayudó con entusiasmo Liz, la niña prodigio de Hollywood. Una niña que, a los tres años, inició su carrera en los escenarios, bailando primorosamente con un gracioso «tú-tú», y que, a los



El primer matrimonio de Liz Taylor. A sus 18 años, la niña malcriada de la Metro, le decía que sí a Nicky Hilton, el de los hoteles: era un "play boy"...



La de Michael Wilding parecía más serio. Los psicoanalistas habían dicho que Liz necesitaba un padre, un hombre mayor que la guiase, que la protegiese...



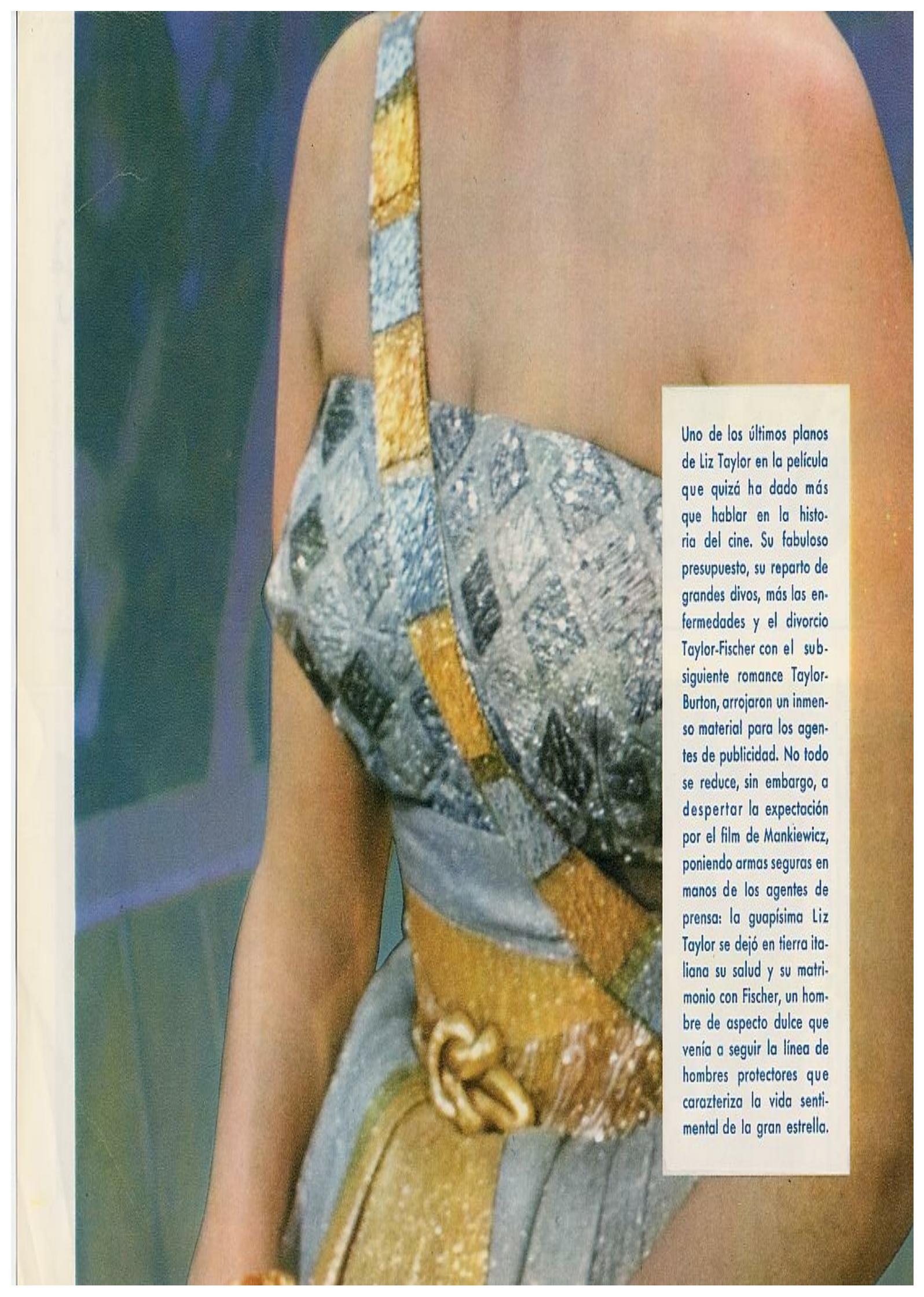
Matrimonio de Liz Taylor con el "coloso" Mike Todd. La noticia, fechada en Acapulco, aseguraba que la vida sentimental de la estrella entraba en una eterna fase de serenidad. Los padrinos eran Debbie Reynolds y su esposo Eddie Fischer. Tiempo después moriría Todd, y Fischer sería el marido número 4 de Liz

**LIZ**

**TAYLOR**

**ULTIMA CLEOPATRA**





Uno de los últimos planos de Liz Taylor en la película que quizá ha dado más que hablar en la historia del cine. Su fabuloso presupuesto, su reparto de grandes divos, más las enfermedades y el divorcio Taylor-Fischer con el subsiguiente romance Taylor-Burton, arrojaron un inmenso material para los agentes de publicidad. No todo se reduce, sin embargo, a despertar la expectación por el film de Mankiewicz, poniendo armas seguras en manos de los agentes de prensa: la guapísima Liz Taylor se dejó en tierra italiana su salud y su matrimonio con Fischer, un hombre de aspecto dulce que venía a seguir la línea de hombres protectores que caracteriza la vida sentimental de la gran estrella.

**Piel fresca... fragante... ¡como las flores!**

Un leve toque de LAPIZ BAC en su piel le mantiene segura de que su presencia es... agradablemente recibida. BAC soluciona el problema de su transpiración.



**BAC** lápiz desodorante

Un producto OLIVIN (Alemania)

Agentes en España:

*Mas S.C.*



**PARA HOMBRE**



El agua de colonia

que personaliza  
el prestigio  
masculino

COLONIA  
BRILLANTINA  
FLUÍDOR



*Mas S.C.*



**Binaca** CIBA  
Pasta dentífrica

dentífrico  
de  
CIBA



no te escondas  
la mancha!

... quitála con **K2r**

K-2-r, producto internacional, calidad mundial

Concesionarios para España y Portugal:

*Mas S.C.*

dieciséis, se echó por novio a Glenn Davis, conocido campeón de fútbol, con lo que ya demostró una clara perspicacia psicológica.

El periódico quedó abandonado en el suelo. A Ralph Cowan no le gustaba leer estas cosas. Estaba harto de las comedillas sobre la gente de cine de las publicidades escandalosas, de las biografías escritas a precio fijo. A él, personalmente, Liz Taylor le parecía bien, muy bien. Sobre todo, los ojos. «Ahí está —según Cowan— el gran secreto del ser humano. Los ojos hablan, lloran, rien... piensan. Los ojos mueren un día antes de que muera el que los usa. Hay ojos vacíos, ojos con sueño, ojos con amor. Hay ojos, incluso, para ver a Dios.»

Lo de Michael Wilding fue otra cosa. A pesar de la diferencia de edad aquello parecía más serio. Wilding pertenecía a esa inquietante raza de actores ingleses en lo que todo parece sencillo. Desde la manera de hablar, a la de moverse. Actores fáciles, sin esfuerzo, maduros en su arte. Ralph Cowan pensaba que las cosas bellas tenían que hacerse así. Una vez, en Méjico, había visto una corrida de toros. En medio de la plaza, un hombre alto, delgado, feo, citaba al toro, y cuando éste estaba cerca movía la mano suavemente para acompañarlo. Era un gesto tan rítmico, tan pausado, que parecía como si el toro y el torero fueran amigos de siempre. Y eso debía ser, pensaba Cowan. El espectáculo era tan «fácil», que el público se aburría muchísimo.

Bueno, pues ni así. También el matrimonio con Michael Wilding fracasó. Y con él todas las repetidas teorías de los cronistas. Liz había confesado que su desgracia era tener un corazón de niña en un cuerpo de mujer. Les faltó tiempo a los psicoanalistas para inventar un complejo. Liz Taylor, la pobre, necesitaba un padre. También ella lo había dicho.

—He de encontrar un hombre mayor, un compañero inteligente que sepa comprenderme y, sobre todo, guiarme.

¿Quién mejor que Michael Wilding, el maduro «gentleman» inglés? El hombre ordenado, cuidadoso y amable iba a poner orden, cuidado y ternura en la triste vida de la pequeña Liz que acaba de cumplir veintitrés años.

—Papá Wilding, papaito, vamos a comprarnos un coche nuevo, ¿quieres? Y el educado Wilding se peinaba cuidadosamente su mejor aplique y decía que sí, que bueno, que el coche era muy bonito.

—¿Quién se va a comprar el hotelito más grande en Beverly Hills?

No pongas voz de papá, Michael... papá Wilding..., que no te vale. El hotelito se lo va a comprar ella. Y el coche y el visón y esa joya tan cara que viste el otro día en aquel escaparate.

De todas formas, se portó bien. Le dio dos hijos bastante feos y aguantó dos cesáreas en las que —sobre todo en la última— estuvo a punto de morir. Un día se sintió muy enferma y Michael la llevó a una clínica. El médico dio un triste diagnóstico: tuberculosis vertebral.

Era el año 55 y empezó el rodaje de «Gigante» y su coqueteo con Rock Hudson y con Montgomery Clift. Hay quien asegura que Monty aún no se ha repuesto.

Ella sí. Aunque con un corsé de hierro que no abandonó hasta...

Es sorprendente la fuerza que tienen las cosas escritas para la gente que le gusta leer. El periódico seguía en el suelo, pero no había forma de apartar la vista de él. Ralph Cowan hizo un esfuerzo y cerró los ojos. Luego, cogió un pitillo y lo encendió. A un lado de la habitación, frente al ventanal que daba al mar, estaba su caballete de trabajo y, sobre él, una tela blanca todavía sin manchar. Entornó de nuevo los ojos y trató de pensar en ella. ¿Cómo era, en realidad, aquella mujer que iba a pintar? ¿Cuál era su secreto? Imaginó, de pronto, a Mike Todd pocos días después de su boda, cuando ella sufrió un ataque de parálisis. Recordaba las fotos en los periódicos. Las ambulancias, los médicos, la mirada turbia de Liz, la frente ancha, poderosa, de Mike... Y las horas angustiosas junto a su cama. Sí, lo recordaba todo muy bien. Podría reconstruir, minuto a minuto, aquellos días como si él hubiera estado allí.

—Prométeme que nunca más volverás a quitarte tu corsé de hierro. Lo necesitas. Prométemelo.

Y la voz de Mike era dura y tierna al mismo tiempo. La reñía un poco como un padre. Ralph Cowan sonrió a pesar suyo. Otra vez el «complejo paterno». Mike Todd todavía era mayor que Michael Wilding. Y ella, la niña, la insegura, desdichada y pequeña Liz. La enferma Lizzie...

—Dáme tu mano. Aprieta la mía con fuerza. Tengo miedo.

Y Mike apretaba con fuerza la mano de Liz, blanca y un tanto sudorosa por la fiebre. Mientras, la enfermera quitaba la aguja de transfusión. Las paredes blancas de la alcoba estaban, de pronto, un poco manchadas de sangre.

Eran las ocho de la tarde y el sol se ocultaba despacio bajo los toldos de la playa. Ralph se levantó con pereza y marcó un número de teléfono.

Quizá ese fuera el gran secreto de Elizabeth Taylor, aquella mujer que él debía empezar a pintar al día siguiente. ¿Quién puede resistirse a alguien que mira de esa manera, a alguien que suplica ayuda así, a alguien que está enfermo, y que llora, y que tiene miedo, y que abre los labios lentamente para pedir un poco de agua o para dar un beso muy largo, muy largo...?

Ralph Cowan colgó el auricular y se quedó un rato con la mano sobre él. Un tímido rayo de sol llegó, de pronto, hasta la tela blanca del caballete.

Cuando se supo la noticia en Nueva York, nadie quiso creerla. En el Waldorf Astoria la orquesta tocaba el último «slow» de moda para enamorados. Los miembros del Eriador Club se habían puesto sus smoking para recibir a aquel insalvable fabricante de dólares, al despótico, insolente y un tanto cruel Mike Todd, el mayor «self made man» del año. Por eso la noticia fue como una bomba. La orquesta se quedó quieta en el aire, porque el avión de Mike había caído al suelo. Cerca de él alguien encontró el manuscrito de un libro que se iba a titular: «La primera de las nueve vidas de Mike Todd».

Durante unos meses la hermosa Liz fue la viuda inconsolable de América. Las agencias informativas inundaron las primeras páginas de los periódicos con el gesto lloroso de Lizzie, la niña que se había quedado sin padre.

Al año siguiente —debía ser 1959— anunció su boda con Eddie Fisher. Cuando Ralph Cowan leyó la noticia soltó un juramento. Pidió la nota del restaurante donde estaba y se marchó. Parecía imposible. Debbie Reynolds —la esposa de Fisher— era su mejor amiga. La había ayudado en los momentos más difíciles. Había sido testigo en su matrimonio con Mike, allí en Acapulco. Se lo había prestado todo... menos el marido, naturalmente. ¿Y él? Ralph Cowan, mientras conducía su coche, recordaba la cara de Eddie. Parecía un buen chico. Se había hecho famoso cantando canciones al estilo de Sinatra. No era lo mismo, claro; pero de algo hay que vivir. Recordaba también a Debbie saliendo de una gran



La última vez que estuvo enferma, el bueno de Eddie se pasó cuatro días y cuatro noches a su lado. La pobre Liz necesitaba que la quisieran mucho



... con su papá, que ahora se llama Richard Burton, y que es muy guapo y muy fuerte y gusta mucho a las señoritas que van a contemplarle al cine...

caja de sombreros en «Cantando bajo la lluvia» y las crónicas de los periódicos nombrándole la pareja más feliz de Hollywood, el matrimonio mejor avenida del cine. Y ahora... Ralph estuvo a punto de atropellar a un ciclista al torcer una esquina. Afortunadamente tenía los reflejos a punto. Estaba acostumbrado a pensar en varias cosas a la vez. Luego llegó a su casa. Apretó el botón del ascensor.

Le están esperando, señor.

—Gracias, Frank. Prepara café.

A Ralph Cowan le había ocurrido ya casi todo en la vida, pero aquello le sorprendió.

—¿No esperaba usted verme?

—No.

—¿Sabe usted que me caso con Liz?

—Sí, lo sé. Lo he leído en los periódicos.

—Bien. Creo que Mike —Mike y yo éramos grandes amigos, como usted sabe— le había encargado un retrato de su mujer.

—Es cierto.

—Quiero que acabe ese retrato. Será mi regalo de bodas a Liz.

Cuando Eddie Fisher salió de casa de Ralph, este tenía en la mano un cheque muy parecido al que en otra ocasión le había entregado el entonces tercer marido de Elisabeth Taylor.

A Ralph, de pronto, le dio un ataque de risa. Cuando su ayuda de cámara le trajo el café, todavía se estaba riendo. Era una risa extraña, nada natural; había en ella algo irritante. Luego se sentó a una mesa y empezó a escribir: «Señora Debbie Reynolds de Fisher».

Querida Debbie: Hace unos meses me encargó usted un retrato suyo, que tengo a punto de terminar, para regalárselo a su marido el día de su cumpleaños. Me gustaría saber si tiene usted interés en que siga trabajando en él. Suyo afectuosamente, Ralph Cowan.

Ralph, el viejo Ralph Cowan, el pintor más cotizado de Hollywood, el ídolo pictórico de las estrellas americanas, respiró hondamente y se tomó el café a pequeños sorbos. Se sentía importante, algo así como un pequeño diosillo burlesco. De pronto, se le ocurrió imaginar la cara de Debbie Reynolds al recibir la carta y se volvió a tumbar de risa.